

GUY SORMAN

A pair of hands, one from the top and one from the bottom, are positioned to form a heart shape. The fingers are curled inward, and the thumbs are pointing towards each other. The skin is a natural tone, and the lighting is soft, highlighting the texture of the skin.

**EL CORAZÓN
★ AMERICANO ★**



Ni el Estado, ni el mercado:
la opción filantrópica

DEBATE

Guy Sorman

El corazón americano

Ni el Estado, ni el mercado:
la opción filantrópica

Traducción de
Emilio Galbiati

Debate

Cubierta

Portada

Prólogo

1. Los voluntarios

2. De Wall Street a Harlem

3. El emprendedor social

4. La revolución cuántica

5. Los súper-ricos

6. Dallas

7. El diezmo

8. Cuando la fe reemplaza al Estado

9. La cultura en su justo precio

10. ¿Un paraíso fiscal?

11. Arreglar el melting pot

12. La filantropía espectáculo

13. Moralizar el capitalismo

14. Las causas buenas y las malas

15. Las cajas de ideas

16. El imperio del bien

Epílogo

Créditos

Prólogo

ÉLOGIO DE LA DONACIÓN

El debate entre socialismo y capitalismo, entre aquello que depende del Estado o del mercado, es indispensable en toda sociedad democrática en busca de bienestar. Pero, al fijarse en esta sola controversia, se olvida el entremedio que no depende ni de uno ni del otro, ni más del capitalismo que del socialismo. Entre el Estado y el mercado existe así un espacio social, político, cultural y económico que no está fundado ni en la autoridad, ni en el lucro, sino en la donación. En Europa, este "tercer sector", como se lo llama en la jerga burocrática, que yo preferiré denominar *tercer estado*, si la expresión no ha sido ya utilizada, es casi inhallable. El mundo asociativo, la caridad laica y religiosa, las cooperativas, el mecenazgo, la acción humanitaria son como concedidas a los hombres de buena voluntad, reacios a la burocracia como al dinero, pero nadie pretendería que este sector represente, particularmente en Francia, una *société civile* autónoma por encima del poder público y aislada de la economía de mercado. Las grandes organizaciones humanitarias francesas están subvencionadas por el Estado, que selecciona los beneficiarios y las organizaciones internacionales de las cuales son filiales de apariencia privada. Las asociaciones más modestas son filiales dependientes de comunas que las financian a condición de

que los representantes electos aprueben sus orientaciones. En los Estados Unidos, la historia es otra, y la sociedad civil, central. En este trabajo, nos proponemos descubrir lo que allí llaman el "sector no-rentable", en sentido literal del término (*not for profit*) y que nosotros traduciremos por "sin fines de lucro", expresión contable que los estadounidenses denominan más comúnmente como *filantropía*: el amor del Hombre, nada menos, en el corazón de los Estados Unidos y de los estadounidenses.

LA INVENCIÓN DE LA FILANTROPÍA

Los historiadores de la filantropía estadounidense datan su origen de un sermón del pastor John Winthrop pronunciado a los pasajeros puritanos del buque *Arabella* en 1630. En ese texto, muy conocido por los estadounidenses, John Winthrop ordena a los pioneros erigir "una ciudad en una colina" (*a City Upon a Hill*) que el mundo pudiera contemplar –cita referida con frecuencia para legitimar el "excepcionalismo" estadounidense– y fundar esta nueva sociedad en la donación. Según Winthrop, Dios ha querido que algunos fueran ricos y otros, pobres, de tal manera que los unos restituyeran a los otros esta fortuna proveniente sólo de Él, instaurando así una sociedad fraternal.

En esta historia de la filantropía, el "santo patrono", como lo llama el historiador Daniel Bornstein, es Benjamin Franklin. Luego de haber hecho fortuna con la imprenta, a los cuarenta y dos años, en 1750, considerando que "el ocio es el momento de hacer algo útil", vende su empresa y dona sus bienes a instituciones colectivas: hospitales, universidades, bibliotecas y la investigación científica. Por primera vez, declara que ya no se trata de moderar la pobreza, sino de eliminarla; será también precursor al donar a una fundación (*charity trust*) a la que se niega dirigir.

En la misma época y bajo la influencia de las mismas ideas –aquellas que presidieron la redacción de la *Enciclopedia*– se creó en Pa-

rís, en 1780, la Sociedad filantrópica, que tenía por objeto la beneficencia “eficaz”, sin fines devotos, en particular de la instrucción popular, la reforma de las cárceles, contra la esclavitud. Estas ambiciones eran idénticas a las de la filantropía en Estados Unidos, que variaron poco desde los orígenes. Pero en Francia la Sociedad filantrópica desapareció en los años 1840, sin duda porque el Estado asumió entonces el amparo de la sociedad civil bajo la influencia del jacobinismo y del socialismo. Las contadas obras filantrópicas que subsistieron en Francia –como la Fundación Valentin-Haüy para ayudar a los disminuidos visuales– son los herederos lejanos de esta tradición ni religiosa, ni estatista.

Esto que casi ha desaparecido en Francia, en los Estados Unidos no dejó de prosperar tras el camino trazado por Benjamin Franklin. En los albores del siglo XX, John D. Rockefeller va a orientar la filantropía de manera decisiva al concentrar sus donaciones en la educación y la investigación médica que considera las mejores tanto para mitigar la pobreza como la caridad inútil; tal como Benjamin Franklin, John D. Rockefeller nunca interviene en la gestión de sus fundaciones. Así nace la filantropía estadounidense moderna, alojada desde entonces en el corazón de la civilización estadounidense; sea dicho corazón de alcaucil, de piedra o artificial, no comprendemos nada de esta civilización si no tomamos en consideración ese corazón.

Tal como se la entiende y se la practica en los Estados Unidos, la filantropía ya no es la caridad, aunque la incluya: ser filántropo implica querer cambiar la sociedad para que desaparezca la pobreza, la enfermedad, la discriminación, la incultura. Esta filantropía llamada “sistemática” se basa en la donación, donación de sí mismo y de su tiempo, voluntariado y donación financiera a una asociación humanitaria (*public charity*), a una fundación, a una iglesia, a un establecimiento educativo. Para calcular su amplitud rápidamente, sepamos que el 90% de los estadounidenses adultos hacen una donación anual: ¡son más los que donan que los que votan! Dos tercios de los donantes otorgan una parte de su tiempo a una obra filantró-

pica. Las diferencias entre las contribuciones se corresponden con la desigualdad de los ingresos: en la cima, la Fundación Bill y Melinda Gates asigna tres millones de dólares por año para obras filantrópicas tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo. En el otro extremo, es común que los asalariados obtengan de sus empleadores algunas horas de libertad por mes, remuneradas o no, para participar de voluntariados, o que a petición se les deduzca regularmente de sus sueldos una contribución a la obra de su elección. En total, este universo sin fines de lucro representa el 10% de la economía estadounidense y el 10% del empleo. En las comparaciones internacionales de la donación, sólo Gran Bretaña aparece de manera significativa: es esta la que se encuentra en los orígenes lejanos de la donación en Estados Unidos. En todo el resto del mundo, la filantropía es insignificante. Un francés dona en promedio cuatro veces menos que un estadounidense (doscientos ochenta euros por grupo familiar), y un estadounidense, además, dona parte de su tiempo. Esta generosidad estadounidense permite que las organizaciones que reciben ayuda sean totalmente independientes de los fondos públicos.

AL PRINCIPIO DE LA DONACIÓN

¿Por qué donan los estadounidenses? Economistas y sociólogos hacen una distinción entre la donación altruista de quien dice "sí" a una causa y la donación pasiva de quien no se anima a decir que "no". Un economista de Berkeley, Ulrike Malmendier, demostró cómo la mercadotecnia de a pie, por teléfono, correo e Internet influyen este segundo altruismo involuntario. Pero, ante todo, desde el nacimiento de esta nación, se dona porque todo el mundo dona, y se aprende a ser voluntario desde la edad más temprana. John D. Rockefeller, en su tiempo el más rico de los estadounidenses, comenzó a contribuir con obras caritativas desde los dieciséis años, con su primer salario. No donar sería no ser completamente

estadounidense. El Presidente de los Estados Unidos debe ser ejemplar: en 2013, Barack y Michelle Obama donaron cien mil dólares, es decir un cuarto de sus ingresos, a una fundación que brinda apoyo a las familias de militares, Fisher House Foundation. Se dona porque se es creyente: el 90% de los estadounidenses creen en un Dios creador, y la mitad de las donaciones filantrópicas van a las iglesias, o más precisamente transitan por las iglesias que gestionan las obras educativas y sociales. Se dona por altruismo, en caso de que este sentimiento exista fuera de la familia cercana, lo cual los antropólogos discuten hasta el infinito. Según un estudio experimental realizado en la Universidad de Bethesda, en Maryland, también se dona por placer: el acto de donar activaría los mecanismos nerviosos de la respuesta hedonística. Para repasar de la naturaleza a la cultura, admitamos, como escribió Claude Lévi-Strauss, que la donación es consustancial a toda cultura, pero que a toda donación corresponde una contrapartida simbólica, esta estructura se refleja bien en la sociedad estadounidense. El altruista que dona desea construir una sociedad mejor y también busca reconocimiento social.

Cuando uno de los pioneros de la filantropía contemporánea, Andrew Carnegie, quien hizo fortuna en la siderurgia, financia a principio del siglo XX la creación de seiscientas bibliotecas, ¿quería elevar el nivel cultural de los estadounidenses o inscribir su nombre en el frente de los edificios? Probablemente, las dos. Lo importante es que estas bibliotecas fueron edificadas y que siempre cumplen con su función. Debemos juzgar la filantropía como juzgamos la economía de mercado: los sentimientos que animan a los emprendedores dependen de su *interés bien entendido*, pero el resultado final es la prosperidad global en la que desemboca la suma de sus egoísmos. Viajando a través de los Estados Unidos, en 1831, interrogándose acerca de la proliferación de asociaciones laicas y religiosas, precursoras de las fundaciones contemporáneas, Alexis de Tocqueville veía en eso la manifestación de este *interés bien entendido*: la suma de los intereses conducía a una mejora del bien común. Tocqueville

percibió también en la vitalidad de este mundo asociativo la expresión de una sociedad civil fuerte. Y escribió: “los estadounidenses se unen sin cesar (...), se asocian para hacer fiestas, fundar seminarios, levantar iglesias, repartir libros, enviar misioneros a las antípodas; crean, de esta manera, hospitales, prisiones, escuelas (...). En todas partes donde a la cabeza de una nueva empresa usted ve en Francia al gobierno (...), cuente con que verá una asociación en los Estados Unidos” (*De la democracia en América*). Al principio de la población de los Estados Unidos, los estadounidenses no esperaban nada del Estado, porque no había Estado, la sociedad civil vino primero y debía, por necesidad, organizar instituciones colectivas. Un siglo más tarde, en tiempos de Tocqueville, puesto que los estadounidenses todavía no esperaban que el Estado resolviera todos sus problemas ni que respondiera a todas sus aspiraciones, se constituyeron en asociaciones, hoy en fundaciones, para aportar soluciones inéditas a sus deseos de progreso social: la creencia en el progreso infinito es el fundamento de toda filantropía.

EN NOMBRE DEL BIEN

Contrariamente a una leyenda difundida en Europa, hoy en Estados Unidos el Estado es omnipresente, pero todavía no tiene respuesta para todo, porque se lo percibe como lejano, costoso, lento y burocrático: se lo quiere poco. ¿El capitalismo? Su dinamismo es reconocido por todos o casi, pero dado que el lucro es su motor, no debería confiársele las misiones dignas de escapar tanto del lucro como de la autoridad pública. La filantropía estadounidense recubre entonces, aproximadamente, todo aquello que depende de las múltiples religiones, de la solidaridad social cuando el mercado y el Estado fallan, de la cultura cuando esta no es comercial, de la salud y de la investigación médica de punta cuando las empresas aparecen muy lentas o timoratas, de la educación superior para alcanzar la excelencia. No concluimos de esto que los resultados de la filantropía

son necesariamente superiores a los del mercado o a los del Estado. A veces fallan, como el Estado, como la economía de mercado: el fraude fiscal y la mala gestión conviven con las mejores intenciones. Muchas fundaciones son ineficaces, lo cual hace prosperar una vasta literatura sobre el "management" del sector sin fines de lucro; prueba de su importancia y toma de conciencia del despilfarro, en particular en las más grandes (como lo veremos respecto de la Fundación Bill y Melinda Gates). Pero podemos afirmar que la filantropía nunca está de más.

Dado que la filantropía quiere mejorar el sistema, toma partido. Mientras que algunas fundaciones crean escuelas, bibliotecas, universidades, otras luchan contra la discriminación, contra la obesidad o el tabaquismo. Si el progreso es el objetivo de la filantropía estadounidense, una cierta idea de bien constituye su motor: la filantropía es la expresión de la sociedad civil que combate al servicio del progreso y del bien, o de aquello que los estadounidenses consideraran como tal. En nombre del progreso y del bien los filántropos estadounidenses también infiltran los debates políticos y económicos. Quienes consideran que el capitalismo está en peligro hacen campaña contra la fiscalidad, los sindicatos y las reglamentaciones públicas; quienes consideran que el capitalismo es abusivo financian acciones militantes contra el 1% de los jefes "súper-ricos" que abusan del 99% de los estadounidenses "medios". Las fundaciones privadas contribuyen con las batallas políticas, financian *think tanks* (tanques de ideas) ideológicos, defienden causas partidarias y candidatos, interfieren en las decisiones de los tribunales, de las asambleas electas, de los gobernantes y del Presidente. En los Estados Unidos, la democracia no se reduce al solo juego de las instituciones públicas; se admite que la sociedad civil se involucre y alimente el mercado de las ideas políticas; un mercado casi como los otros. En este mercado, los debates se organizan en torno a una derecha, llamada "conservadora", que se adapta a los límites del Partido Republicano y de una izquierda, llamada "progresista" o "liberal", que apoya al Partido Demócrata. Los "conservadores" desean reducir al

Estado federal a sus funciones mínimas, mientras que los “progresistas” apoyan las intervenciones públicas. *Liberal* en inglés estadounidense es el equivalente de social-demócrata en Europa; nosotros utilizaremos aquí sólo los términos conservador y progresista, sin ignorar que dentro de esas dos familias de pensamiento conviven muchos matices, de radicales a moderados. ¿El socialismo? Como movimiento político organizado, ya no existe desde los años 1940.

En fin, dado que Estados Unidos es una potencia imperial, y los estadounidenses se consideran, con razón o sin ella, portadores de valores universales, su filantropía se ha extendido al resto del mundo: los pastores evangelizan, las fundaciones exportan técnicas agrícolas nuevas (la revolución verde en India y en África son *made in USA*), distribuyen remedios contra el sida y la malaria, apoyan los movimientos democráticos. Nosotros llamaremos a eso el imperialismo del bien, tan constitutivo de los Estados Unidos como la filantropía interior, laica y religiosa.

MÁS ALLÁ DEL ESTADO BENEFactor

Desde que Estados Unidos constituye una civilización distinta, ¿qué necesidad tiene ahora de interesarse en esta filantropía tan singular? Su actualidad tiende a lo que llamamos la *crisis del Estado benefactor*.

Todos los Estados en Europa se extralimitaron en su capacidad contributiva para la solidaridad social, la educación superior, la cultura no comercial; la misma complejidad de nuestras sociedades ya no permite responder a los Estados y apenas un poco más a las colectividades locales, las más urgentes de las exigencias de los ciudadanos. Las instituciones públicas, por su misma naturaleza, ya no pueden experimentar enfoques nuevos en esos dominios: dado que la ley debe ser la misma para todos, prohíbe las experimentaciones e impide –al menos públicamente– los fracasos.

¿El mercado? Las empresas lucrativas no deberían interesarse por los dominios que no pueden ni deben generar ganancias. En nuestras sociedades libres es deseable que no todo sea dictado por el poder y que no todo esté en venta: queda entonces descubrir o redescubrir aquello que también podamos hacer como sociedad civil. En estos dominios, fue hace mucho tiempo muy activa; pero el Estado la sustituyó, emparentándose con el campo social, educativo y cultural en nombre de la justicia, de la igualdad, de la laicidad. Aquello que, en Europa, subsiste de sociedad civil y de mundo asociativo sobrevive, lo hemos dicho, gracias a las subvenciones públicas y selectivas, tanto como a las donaciones de militantes. En los Estados Unidos, por el contrario, las deducciones fiscales de las cuales se benefician las instituciones filantrópicas son generales, el Estado tiene prohibido juzgar la oportunidad de obrar en tal o cual sector. Estas ventajas fiscales estadounidenses no juegan además, ya lo veremos, el rol determinante que se les atribuyen en Europa: el impulso social por la filantropía es su verdadero resorte. Existían fundaciones en Estados Unidos antes de las deducciones fiscales, y podrían subsistir sin ellas.

En Europa, si consideramos que la sociedad civil releva parcialmente al Estado benefactor débil, la restauración del voluntariado, la ilustración en la donación, la imaginación de fundaciones exigirían sin duda algún apoyo fiscal o legal. Pero ni una deducción fiscal ni una subvención bastará para restaurar la sociedad civil o la fe en un progreso social sin el Estado. Sin duda el conocimiento concreto de lo que la filantropía puede aportar sería un catalizador más determinante puesto que esta es ante todo una "servidumbre voluntaria". No se sugiere aquí copiar lo que se hace en Estados Unidos, tampoco importar un modelo no reproducible, pero conocer lo que allí se hace conducirá tal vez a sonar nuestros propios corazones para reencontrar allí una generosidad adormecida.

1. Los voluntarios

El 21 de enero de 2013, sobre los escalones del Capitolio, en Washington, Barack Obama presta juramento ante ochocientas mil personas; este segundo mandato presidencial suscita menos entusiasmo que el primero, cuatro años antes; la multitud es dos veces menor, pero sigue siendo, sin embargo, considerable. La fecha de la ceremonia ha sido elegida para que coincidiera con una fiesta nacional, el *Martin Luther King Day*. Ese día, en homenaje al líder negro asesinado, los estadounidenses se ofrecen como voluntarios para tareas de interés público: el mantenimiento de un parque, la limpieza del espacio público, la renovación de un colegio. Sobre la explanada frente al Capitolio, el *Mall*, espacio dedicado a los héroes de la historia estadounidense, los partidarios de Obama estaban rodeados por algunos veinticinco mil voluntarios, quienes querían participar de la investidura se juntaban con quienes esperaban honrar la memoria de Martin Luther King. Esta movilización de masas fue obra de una organización sin fines de lucro, Greater DC Cares (DC, Distrito de Columbia, es la denominación administrativa de la capital). Greater DC Cares, explica su director Greg Roberts, sólo tiene once empleados, remunerados por las donaciones de algunas grandes empresas de Washington. ¿Once personas para reclutar veinticinco mil voluntarios?

La práctica del voluntariado está tan bien inculcada en la mentalidad estadounidense que casi no hace falta persuadir las buenas voluntades: estas se manifiestan en cantidad. Cada candidato se inscribe en un sitio web donde indica sus habilidades y sus preferencias. Cada uno recibirá una remera ("muy importante, la remera", dijo Greg Roberts, sobre todo porque está ligada a un evento significativo) y una hoja con instrucciones acerca de sus responsabilidades. Una buena herramienta informática, simple y clara, es la clave de una movilización exitosa. Resulta que con la iniciativa del presidente George Bush, en 1990, una fundación con base en Atlanta, Points of Lights, creó y gestionó una base nacional de donaciones, cuyos sitios web pueden vincularse con cualquier organización. Points of Lights hace que el voluntariado sea simple, accesible y barato. En Washington, dijo Greg Roberts, los jóvenes están particularmente disponibles: esa es la tradición, pero las escuelas también exigen cien horas de voluntariado anuales durante los tres años anteriores a la obtención del bachillerato (*high school degree*). Esta exigencia, frecuente en los Estados Unidos, es indispensable para acceder a las grandes universidades. El voluntariado empieza joven: en la escuela primaria, se dedican a cumplir algunas tareas colectivas; en el secundario, se unen a una organización que asista a los pobres, a las personas mayores; en la universidad, se crea una asociación filantrópica. La mayor parte de los niños, adolescentes, estudiantes estadounidenses pasan por estas etapas sucesivas, iniciáticas y constitutivas de la ciudadanía, claro está de la ciudadanía de una sociedad civil.

Se puede señalar la cantidad de jóvenes inmigrantes recientes que, en ocasión de la investidura de Obama, se ofrecieron como voluntarios, para ellos fue una oportunidad inesperada de mezclarse con otros estadounidenses de su generación, provenientes de todas las clases sociales y de todas las culturas, que en circunstancias normales nunca se cruzarían. Más allá de su naturaleza filantrópica, el voluntariado es una escuela de integración que forja la nación estadounidense, ofrecerse voluntario es devenir estadounidense, a ima-

gen y semejanza de un Presidente mestizo, quien, antes de entrar en política, fue “estadounidizado” él también al ofrecerse como voluntario (*community organizer*) en los barrios negros de Chicago. Por cierto, inmediatamente después de la ceremonia, Barack Obama se acercó hasta una escuela primaria donde dedicó una hora a repintar los estantes de la biblioteca. ¿En Francia, donde la integración de los jóvenes inmigrantes parece activa, preguntó Greg Roberts, “utilizan el voluntariado para fundar una cultura común?”.

MANOS VERDES A MILLARES

En Nueva York, a principio de los años 1980, para Elizabeth Rogers era imposible, dijo Betsy, cruzar el Central Park aunque viviera en frente; en el mejor de los casos se arriesgaba a un paseo por los bordes, nunca después de que se pusiera el sol. Este jardín de cuatrocientas hectáreas que ocupa el centro de Manhattan era por entonces territorio de los amantes de las drogas duras, de la prostitución salvaje y del crimen común. ¿Vuelta a la naturaleza? Realmente no: el parque nunca había sido un vestigio abandonado al estado salvaje de lo que fue Manhattan antes de la expulsión de las tribus indígenas que practicaban allí la agricultura. Originariamente, el Central Park es una obra compuesta por dos grandes paisajistas, Frederick Law Olmsted y Calvert Vaux: en 1860, crearon allí un paisaje artificial, haciendo transportar por la fuerza de hombres y de caballos unas rocas enormes que venían de Connecticut, abriendo avenidas, plantando bosques, bosquecillos, cavando lagos interconectados por canales subterráneos. En la época de su creación, el parque estaba situado al norte de la parte habitada de Manhattan, a la altura de la Calle 59, mientras que las viviendas terminaban en la Calle 38. Es la desastrosa gestión de la ciudad entre los años 1960-1980 que transforma el parque en una jungla. Hasta que Betsy Rogers, paisajista de profesión, se involucra y organiza una reacción ciudadana característica de este país en el que la sociedad civil to-